

Agravios tiene España de muchas de esas naciones; pero no creo que con el memorial de agravios, puestos la mayor parte en olvido, deban consolidarse los juicios de actualidad.

Además, no es fácil conciliar los datos. Francia e Inglaterra fueron, en el pasado siglo, y ya desde antes, encarnizadas enemigas; hoy, aliadas, combaten juntas. Rusia e Inglaterra tienen los intereses más contrapuestos, y se oye decir corrientemente que el leopardo y el oso, ahora abrazados, han de liarse a zarpazos y devorarse, dentro de poco, acabada esta lucha.

Si se mira la cuestión superficialmente, lo esencial es la enemistad de Francia y Alemania, desde 1871; no obstante, los mejor informados aseguran que ninguna mala voluntad tiene Alemania contra Francia, y sólo en Inglaterra ve la *possente rival* cuyo comercio hay que destruir. Las mismas contradicciones singulares en el aspecto religioso del problema.

A pesar de la política eclesiástica de Francia, los católicos belgas por Francia están; y a pesar de los católicos belgas, muchísimos católicos españoles son partidarios de Alemania con vehemencia suma. El Káiser, sin duda, es hereje; pero es el sostén de la idea de autoridad en el mundo, y ha derrocado el monumento a Ferrer. Y va formándose un remolino o maraña, en que nadie se entiende.

El país católico erigió el monumento, el monarca luterano lo mandó arrasar. Salen a relucir interioridades políticas: no, Bélgica no quería tal monumento; fueron los radicales, el municipio... Y desfila la historia y sus alegatos y la política y sus charadas, y Morel Fatio recuerda las quejas que puede tener España de Francia, y añade, con escrupulosidad de erudito: «Creo que no me he dejado en el tintero ninguna.» Luego, cuerdamente, pregunta: «¿Hay en todo ello motivo para alterar nuestras buenas relaciones?» Y entiende que no; y yo creo lo mismo.

Las naciones, si conocen su interés, procuran siempre mantener las relaciones más cordiales y sólo en las casas de Tócame Roque riñen a cada momento las vecinas. Claro que la cordialidad debe ser avisada, vigilante, prudente.

Pero, en las naciones, hay los individuos, y en los individuos, la simpatía personal. Por más neutral que se mantenga una nación, sus súbditos pueden sentir, pueden querer.

Yo, por mi parte, tengo mis aficiones, absolutamente personales, puestas en Francia. Ha sido Francia una segunda patria para mí. No me mezclo en disquisiciones latinas, no invoco la afinidad de raza; acaso no exista más que por el lado celta, aunque la civilización haya venido a las Galias y a Iberia con la misma romanización.

Me limito a decir sencillamente que me eduqué en un colegio francés; que leí francés desde los siete años; que viajé mucho por Francia, y permanecí allí inviernos enteros; que tuve amigos entre sus grandes escritores; que pude apreciar las cualidades que perseveran en tan «dulce tierra» en medio de las vicisitudes ingratas de su política y de su historia.

Siempre esperé en su buen sentido, en su patriotismo, y he aquí que la guerra me ha dado la razón, porque ni de cobardes ni de tardíos ni de desunidos se les puede motejar, en ocasión tan crítica.

He debido además a Francia halagos inmerecidos, y ahora me disponía a dar en París, en la Sorbona, el día 23 de abril, una Conferencia... Si alguien es sincero amigo de Francia, no lo será más que yo. Sin embargo, no por eso me he creído en el caso de poner como un renegado trazo a los alemanes. Y en cuanto a vaticinios ¡absit! ¡Quién leerá en el pavoroso libro del porvenir!

Si fuese posible llevar a mi ánimo el convencimiento en pro de determinada causa, lo conseguiría tal vez Alvaro Alcalá Galiano, cuyo folleto, escrito con arranque juvenil y no escaso aparato de datos y consideraciones derivadas de ellos, en nada desmerece de obras similares que en el extranjero se publican, como verbigracia, la de Daniel Bellet, *Origines de la guerre*.

Alvaro Alcalá Galiano es partidario de los aliados, y los defiende con suma energía. No es extraño que su libro haya tenido tal resonancia y éxito, no sólo en España, sino fuera de ella; que se multipliquen las ediciones, que se esté traduciendo al inglés y al francés, y que al autor le haya felicitado Poincaré en persona.

Yo, lo repito, siento a veces el influjo de tan bien escrita argumentación; pero hay puntos en que diferimos, y esos puntos son capitales. No voy a extenderme en dilucidarlos. Sólo diré que no considero bárbaro un conflicto como el actual, porque obedece a razones económicas. Tampoco veo que la fuerza bruta la representen sólo los germanos. O mucho

me engaño, o todos hacen la fuerza que pueden. ¡Va ya si se aprieta!

En cuanto a que el fondo del hombre sea hoy el mismo que siempre, nunca cabrá dudar, y menos sorprenderse de ello. Ni la historia ni la ciencia nos dirán otra cosa. No es sin embargo una mentira el progreso. Note mi joven amigo cómo, debido a la civilización, en esta guerra no hay peste, no hay contagios. Note además la inmensa suma de idealidad que supone en ambos bandos (porque sería faltar a toda justicia hacer excepciones), esa resolución de morir sin pestañear, por la prosperidad de la patria, por sus destinos futuros. Mayor intensidad de heroísmo no se ha desplegado desde que el mundo es mundo y se escriben sus anales. Europa no estaba decadente, dijese lo que quisiesen los termómetros.

Tampoco admito que la consigna de ninguno de los dos pueblos fortísimos en esta campaña, el alemán y el inglés, sea la *nietscheana* de «Pereza el débil». El débil, en estos casos, sufre mucho; pero sufre porque no puede ser de otro modo, no por una máxima ni por un propósito reflexivo. Quien ofrece la vida, quien arrostra espantosos sufrimientos, es en realidad el fuerte, el que va impávido a combatir. Y el sacrificio se consume, ¡quién lo dijera! por el débil.

Me explicaré. Es por el débil *que a cada nación le importa*; es por sus débiles, por sus niños, por sus mujeres, por sus ancianos. Es por las generaciones venideras, para asegurar la subsistencia, los mercados, la expansión. Es para que se viva, para que se coma, para que haya trigo, amparo. Con tal fin, se espera serenamente el obús, en la trinchera encharcada de sangre.

Y habiendo sido el asegurar la subsistencia aspiración ingénita en el hombre, no hay que admirarse de que siga siéndolo, ni sorprenderse si igual aspiración movía a los habitantes de las cavernas que al hombre del siglo XX. La necesidad natural ¡ay! no ha cambiado. Se ha complicado, se ha revestido de todos los matices de las civilizaciones sucesivas. Nada más.

Yo tampoco puedo convenir con el autor del folleto en que Inglaterra colonizase (desde el punto de vista moral), mejor que nosotros. Prácticamente, es otra cosa. Para sí, hicieron mejor los ingleses al exterminar a las razas rojas de América, que nosotros al conservarlas, y al mezclar nuestra sangre con la suya. Pero esto de exterminar razas sí que es fuerza bruta, esto sí que es, moralmente hablando, barbarie.

Nota que me voy extendiendo demasiado, porque el folleto de Alcalá Galiano es sugestivo. Quisiera resumir, en pocas palabras, mi criterio. De lo que está pasando en Europa, Francia no tiene, seguramente, la culpa, y Bélgica tampoco, pues su movimiento de resistencia fué natural. Pero no basta para suponer que en este horrible drama hay un papel de traidor, y que lo desempeña el Káiser. Más acertado sería atribuirlo a Inglaterra, alarmada ante los progresos de Alemania en tantos ramos, aspectos y empresas de toda índole. Inglaterra tiene maquiavelismo bíblico muy demostrado. No creo que nadie dude de su astucia, de su arte para sacar las castañas del fuego, con mano ajena si puede, y con las tenazas propias, después. Ha sido un profesor, no alemán, sino britano, el que ha dicho terminantemente: «Nada perdemos con reconocer que hay mucha justificación en las ambiciones alemanas. Una nación tan henchida de vigor necesita ejercitarlo, o morirá de congestión. Ahora bien, si su salvación no se puede lograr sino a costa nuestra y sin perdersen, elijamos: o protegernos contra ella, o convertirnos en su satélite.» Y más adelante, añade: «Nos hemos empeñado en una guerra en que se litiga, no tanto nuestra supremacía, como nuestra existencia nacional.»

Y salgamos de este canto, que se acaba la crónica... No quiero dejar de notar cómo, en la serie de viceversas y anomalías que presenciamos, Pío Baroja, el intelectual anarquista, es germanófilo, y otro intelectual de sangre azul y conservador abolengo, el autor del folleto a que he venido refiriéndome, aliado. Por su sangre azul, poco menos que le niegan el derecho a pensar, siendo así que la sangre de Alcalá Galiano es azul de tinta de escribir.

Los Alcalá Galiano intelectuales y escritores son dinastía.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Francia — nunca para el bien fué tarde —, prohíbe severamente el Gobierno el uso del absintio, el «hada de los ojos verdes», droga literaria si las hay, que ha inspirado muchos versos y no poca prosa, en la hora decadente, cuando desfallecen tantas ideas nobles, tantas convicciones necesarias.

La guerra moraliza suprimiendo el alcohol, en todas sus insidiosas formas, supongo que sin excluir siquiera las *prunes a l'eau de vie*, golosina predilecta de los *mastroquets* y *beuglants*.

El absintio se disfrazaba de aperitivo, para mejor insinuarse. Los *vermouths* parece que son preparaciones del ajeno.

Y digo «parece» porque no he llegado, en buen hora lo diga, ni a probar este veneno.

En calidad de veneno intelectual, sólo he admitido el lentísimo veneno del café. No conozco sino de oídas el opio, el ajeno, la morfina y otros preparados igualmente creadores de paraísos artificiales. Y confieso que les tengo miedo, aun cuando dependa sólo de la voluntad el usarlos o no.

En las actuales circunstancias, en que se exige a la máquina humana la mayor suma de esfuerzo, se ha visto la necesidad de suprimir cuanto pueda debilitar a esta máquina, o paralizar sus resortes. Y la proscripción del alcohol es universal, hasta en Rusia, el país de las furiosas embriagueces.

Algo de bueno hay siempre hasta en lo más malo, y si la guerra europea fuese lo peor de todo, tendría por lo menos esta innegable ventaja: haber dado la voz de alarma a los Gobiernos contra el alcoholismo.

**

Un folleto que acaba de caer sobre mi mesa de escritorio me recuerda, una vez más, cuál es la situación y estado del mundo — mientras los soplos fecundantes de la primavera empiezan a hacer reverdecer el campo, y quisiéramos olvidar la pesadilla de una lucha que no lleva trazas de acabarse.

Cuando digo un folleto, debí decir varios; pero los que me interesan, por proceder de plumas amigas, son los de Alvaro Alcalá Galiano, *La verdad sobre la guerra*, y de Alfredo Morel Fatio, *L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle*.

Empecemos por el extranjero, que es un ardiente hispanófilo, y lo ha demostrado bien por la orientación de sus estudios y la labor de su vida.

Con el conocimiento que tiene de nuestra historia pasada y presente, Morel Fatio analiza los elementos germanófilos que aquí existen, y su razón de ser.

No es fácil averiguar por qué España aparece, vista desde afuera, tan germanófila; sin embargo, yo juraría que el espejismo es reflejo de nuestras disensiones políticas.

En general, aquí los radicales y liberales avanzados son francófilos, y germanófilos los elementos de la derecha. Es decir que, no un concepto histórico ni filosófico, sino político, y de política presente, es el que ha formado la opinión relativa a este inaudito conflicto internacional.

En el folleto de Morel Fatio, lo mismo que en el de Alvaro Alcalá Galiano, hay cosas que me dejan perpleja. Hay argumentos de valía, y no todos los que pudieran alegarse, porque no digo un folleto, un libro en folio no bastaría para contenerlos.

En favor o en contra de las varias naciones beligerantes y de su causa, se puede hablar durante un curso entero. Si se evocan sucesos pasados, existen entre todos los pueblos motivos de rencor; si se toman en cuenta auxilios, antiguos también, los habrá de afecto. Y cabe el elogio más entusiasta, porque los pueblos empeñados en esta cruentísima guerra son al fin los más grandes de cuantos, en la moderna edad, han constituido nacionalidades.